

## INTRODUCCIÓN

En este número 14 de *Fuego y Raya* comenzamos una serie de estudios especiales sobre la *kulturkampf* en las Españas americana y peninsular. En la Alemania de Bismark durante las décadas de 1870 y 1880 se llamó lucha o guerra cultural al conflicto que enfrentó al Imperio con el catolicismo; más concretamente, a liberales, conservadores, protestantes y anticlericales, de un lado, y a católicos y la Iglesia, del otro. Por analogía el término *kulturkampf* se aplica también a otras naciones y Estados en los que, para la misma época, se reprodujeron esos enfrentamientos con rasgos similares (Suiza, Francia, etc.).

Era aquel un tiempo en el cual las primicias de la Reforma avanzaban insistentemente sobre las instituciones que habían resistido sus embates desde el siglo XVI, tales como las órdenes religiosas, el patrimonio de la Iglesia Católica, la enseñanza y las leyes civiles, inclusive los auxilios económicos que los Estados brindaban a la Iglesia. Desde un punto de vista no alejado de la realidad –y confirmado hasta un punto por los hechos del siglo XX– de lo que se trataba era de progresar en la «americanización» de las instituciones. Léase: separación, cuanto posible fuere, de la Iglesia y el Estado en todos y cada uno de los ámbitos de la vida civil y cultural en los que aquélla tuviese dominio o conservara alguna autoridad.

Si de la España peninsular se trata, el proceso arrancó, cuando menos, desde Cádiz, y el «breve» siglo decimonono no fue más que una profundización del laicismo secularizador que culminará por entonces –sólo por entonces culminará para luego proseguir– en la malhadada Primera República, la «República de los soñadores», al decir de Fernández de la Reguera.

En Hispanoamérica las cosas no fueron diferentes. Salidos como fuimos de un parto revolucionario nos dimos –más temprano unos, más tarde los otros– unas actas de nacimiento constitucionales en las que convivían siempre en tensión y a duras penas la herencia católica hispana y las ambiciones de un liberalismo a la norteamericana. Por eso, si en España la Iglesia fue un hueso duro de roer, aunque no fuera más que en las apariencias –porque algo roída puede haber estado por causas internas–, en el suelo americano era todo el campo orégano para los depredadores liberales y masones sin importar el partido al que pertenecieran y su nombre.

Más o menos en la misma década que en el Imperio germano, las católicamente débiles repúblicas hispanoamericanas comenzaron a vivir los cimbronazos de la *kulturkampf*. En cada una la guerra cultural se sujetó a las singularidades de ella, no sólo en cuanto a la extensión geográfica y temporal, también según fuera el *modus vivendi* que entre la Iglesia y el Estado habían diseñado la constitución, las leyes y las instituciones.

Y es claro ver –como queda desnudado en esta *kulturkampf* que recorre el continente– que si los católicos estaban del lado de la Iglesia, ¡los liberales estaban con el Estado! No hubo república ni rincón alguno de país en el que el Estado –en nombre del progreso, de la paz, de la civilización o de la administración– no la emprendiese contra la Iglesia Católica, cuya resistencia varió según sus fuerzas ¡y las del Estado! En algunos casos bastaba con expulsar un Obispo o una orden religiosa; en otros hubo que cortar un subsidio estatal o expropiar escuelas; etc. El resultado sería semejante y favorable siempre al liberalismo que se valió del «monopolio de la violencia física» que, según Max Weber, es la definición de Estado.

Aunque no es este el momento de juzgar a los católicos que por entonces creyeron viable una alianza, como proponían sus constituciones, entre el catolicismo y el liberalismo, sí es del caso decir que, si la hubo, fue efímera y que siempre se rompió a favor de los liberales. Éstos pueden exhibir los trofeos de la guerra cultural ganada: las leyes laicas y el reblandecimiento del catolicismo que ha quedado a la defensiva.

Resulta vital el comprender, en la lectura del proceso histórico, que el liberalismo en estas tierras de cultura hispana no fue un momento, así fuese constitutivo o anecdótico. No, el liberalismo

entre nosotros fue y es un proyecto y por lo mismo un programa dotado de metas y objetivos, al que se sirvió y se sirve generación tras generación con el auxilio inestimable del Estado.

LA REDACCIÓN